

PONENCIA POLÍTICA

Documento Marco - Asamblea SUMAR

Sumar

Título 1: INTRODUCCIÓN	4
Título 2: DE DÓNDE VENIMOS. “RAÍCES”.	5
Título 3: DEFENDER LA DEMOCRACIA. “SENTIDO”	10
Porque la democracia está en peligro, Sumar debe ser el partido de la democracia.	10
Porque la libertad está en disputa, Sumar debe ser el partido de la libertad.	11
Título 4: NUESTRAS TAREAS. “ALAS”.	14
Tareas prioritarias para democratizar la libertad	14
Democratizar el Estado	15
Democratizar la economía	16
Democratizar las relaciones entre pueblos, naciones y territorios	18
Democratizar las relaciones humanas	20
Democratizar la vida buena y el derecho al futuro	23
Democratizar Europa y las relaciones internacionales	25

Título 1: INTRODUCCIÓN

Este es el documento político-ideológico de la I Asamblea de SUMAR. Pretende servir como mínimo común denominador de lo que ya somos, que sienta las bases de nuestra orientación y acción política. Pero quiere ser, además, un texto que defina el horizonte por el que apostamos. Buscamos así dotarnos de una definición política que se haga cargo de nuestros pasados y nuestras tradiciones, que nos sitúe en el presente y que, sobre todo, nos defina en torno al futuro que deseamos para nuestro pueblo y nuestro país, y los pasos para alcanzarlo. Raíces para saber de dónde venimos, sentido para ubicarnos en nuestra época y nuestros valores, alas para imaginar y proponer un rumbo compartido a nuestra sociedad.

El primer apartado, “**Raíces**”, es entonces una breve explicación de dónde venimos, tanto en lo que se refiere a la evolución histórica que explica la situación actual, como en lo que respecta a nuestro nacimiento y desarrollo hasta el momento presente.

El segundo apartado, “**Sentido**”, es la brújula ética e ideológica de nuestra existencia, de nuestra forma de estar en el mundo y de los valores que orientan nuestro compromiso.

El tercer apartado, “**Alas**”, expone en forma general las tareas que identificamos como prioritarias para una transformación radicalmente igualitarista, feminista y democrática de España. Esas tareas no son una lista de políticas a desarrollar, son los ejes de nuestra acción política y nuestra propia definición en movimiento.

Título 2: DE DÓNDE VENIMOS. “RAÍCES”.

La historia contemporánea de España es la historia de la disputa entre los privilegios de los menos y la libertad de los más. En nuestro pasado más reciente, esa pugna tiene tres momentos determinantes en la lucha por encontrar un encaje democrático entre el Estado, las naciones que lo componen y el pueblo realmente existente: la II República y la Guerra de España; la lucha contra la Dictadura y la Transición; y la oleada democratizante y de movilización social a partir de la crisis política y económica de 2008. Las tres son intentos en los que los anhelos populares de libertad, igualdad y fraternidad y las demandas de justicia social chocan con la capacidad de resistencia o veto de las oligarquías y los poderes tradicionales para limitar o tutelar los procesos de modernización del país y los impulsos igualitaristas. Se complementan las fuerzas transformadoras del movimiento obrero, que ha sido un poderoso vector de incorporación de las masas a una política que, hasta entonces, siempre había sido para notables, y del movimiento feminista, que, de la mano del movimiento LGTBI, ha luchado por la igualdad, la justicia social, los derechos humanos y las libertades democráticas. Estos tres momentos son los que forman a las tres grandes generaciones de militantes que han ido dando forma a nuestra identidad y a nuestra tradición política. Más allá de sus resultados inmediatos, se trata de tres momentos constituyentes de las mejores posibilidades de nuestro pueblo. Son también los tres momentos que determinan nuestra situación actual, en la que nace SUMAR como proyecto, y que nos indican cuáles son las tareas fundamentales todavía pendientes.

El primero de estos momentos se inicia con la experiencia de la II República y su impulso cultural, modernizador y de avances sociales que, con sus contradicciones, supone un horizonte de esperanza para las mayorías desposeídas. Después se desencadena con el levantamiento militar del 18 de julio de 1936, fallido y convertido en Guerra Civil por la resistencia popular y en especial de las organizaciones de los trabajadores, que a la vez se lanzan a un proceso de transformación revolucionaria. El golpe tenía como objetivo dar una solución reaccionaria a las dos principales líneas de fractura que marcaban un escenario político cada vez más antagonista: la que enfrentaba a las mayorías desposeídas con las minorías propietarias, y la que enfrentaba las aspiraciones soberanistas de las naciones periféricas con el Estado central. Una vez ganada la guerra, el franquismo fue la gestión dictatorial de ambas en clave oligárquica y centralista.

Las cuatro décadas de duración de la dictadura le permitieron al régimen franquista fundar un Estado, una subjetividad española y una correlación social de fuerzas que, para cuando la oposición democrática hiciese inevitable la apertura y el pluralismo político, limitasen y contuviesen sus aspiraciones a una democracia real. La transición política a la monarquía parlamentaria es un momento “transformista” en el que las élites reformistas de la dictadura

no tienen más remedio que asumir buena parte de las reivindicaciones de las fuerzas democráticas, pero son capaces, a cambio, de conducir el proceso y salvaguardar las posiciones clave del poder estatal y económico, a buen resguardo del alcance de la soberanía popular. Con todo, este es un segundo momento constituyente y democrático. La resistencia antifranquista, las luchas populares, y en particular el potente movimiento obrero, precipitan el fin del franquismo. Los luchadores y las luchadoras contra la dictadura no consiguen todos sus objetivos, pero a ellos y ellas les debemos las libertades existentes y las parcelas democráticas conquistadas.

La revolución pasiva de la Transición fragua entonces un bloque histórico amplio y estable, en el que los sectores populares tienen una presencia subalterna, pero con la contraparte de importantes cuotas de derechos civiles y libertades. Se ofrecen promesas de avance dentro del nuevo orden a cambio de renunciar a cuestionar el reparto de poderes anterior al acuerdo político de 1978, que quedaba por tanto blindado ante el juego democrático institucional y la alternancia electoral. Así, en el sistema político de 1978, el centroizquierda ha gobernado más años que la derecha, pero dentro del respeto de los límites impuestos por un Estado del cual se consideraba un pilar fundamental y, además, siendo incapaz de garantizar a las mayorías sociales los derechos recogidos en la Constitución; lo cual, sin embargo, no ha impedido las furias de los reaccionarios merced a una profunda concepción patrimonial del país y del Estado cuando veían amenazados sus intereses político- económicos dominantes.

La Gran Recesión que supuso la crisis financiera mundial del año 2008 y su gestión neoliberal en la Unión Europea y en España impactó en un modelo político y económico que ya venía dando importantes síntomas de agotamiento. Agudizó las contradicciones de un modelo financiarizado, basado en sectores precarios y de escaso valor añadido, tensionó más aún un acuerdo territorial nunca cerrado y siempre sometido a tentaciones de involución, e hizo saltar por los aires los marcos de concertación social. Bloqueó el ascensor social y quebró la promesa -nuclear para el régimen- de que, con independencia de su origen, cada generación viviría mejor que la anterior. Pulverizó los mecanismos de canalización de las demandas políticas, junto con el prestigio de las élites políticas y económicas. El empobrecimiento de amplias capas de la población y la comprobación de la indisimulada sumisión de los representantes públicos a los poderes económicos no elegidos por nadie hizo colapsar la diferencia izquierda-derecha que ordenaba y legitimaba el sistema bipartidista y abrió un proceso populista por el que se fue configurando una amplia y transversal voluntad de cambio por fuera del orden político que había gozado de relativa estabilidad desde 1978.

El movimiento 15M del 2011, junto con las huelgas generales convocadas por los sindicatos contra la reforma laboral y del sistema de pensiones, fueron la fuerza impulsora de dicho proceso, al que además otorgaron un sentido ideológico inequívocamente igualitarista, democratizante y antioligárquico. Este es nuestro tercer momento popular constituyente. Tampoco alcanza sus objetivos, pero, sin duda, sin él España seguiría el camino de involución reaccionaria de la mayoría de los países de nuestro entorno, en lugar de haber

ganado tiempo y oportunidades con el Gobierno de coalición progresista. De nuevo, mucho menos de lo soñado, pero mucho más de lo imaginable sin la irrupción plebeya anterior.

El movimiento 15M tuvo serias dificultades para pasar de una fase expresiva y dotarse de instituciones propias de poder, pero sin embargo fue decisivo para inaugurar un nuevo sentido común de época, que preparó culturalmente las sacudidas políticas que vendrían. El primer Podemos, nacido en 2014, fue una iniciativa política capaz de interpretar ese nuevo sentido común, dirigirse a una nueva mayoría transversal con respecto a los alineamientos anteriores y proponerle un objetivo claro que galvanizó los ánimos y expectativas de toda una nueva generación de militantes, pero también de la generación de antifranquistas que se habían ido apartando de la política: ganar las elecciones y abrir un proceso de transformación institucional y popular que democratizase radicalmente España y reconciliase al país oficial con el país real. Aquella iniciativa transformó el mapa político español, pero no supo lidiar con las complejidades del sistema político y con la diferencia entre una crisis de régimen y una crisis de Estado. Los años 2016 y 2019 fueron de un tenso interregno en el que, pese a la mayoría en escaños, no se conformó un Gobierno progresista, mientras se desgastaba la fuerza social e intelectual del desafío democratizante.

Para cuando en 2019 se conformó el primer Gobierno de coalición progresista en España, el PSOE ya había recuperado la primacía en el campo progresista. El avance de la ola reaccionaria mundial, impulsada por el Tea Party y la victoria electoral de Trump; el reflujó del primer Podemos, del octubre soberanista catalán, los ataques contra el feminismo y la deriva esencialista de una parte de él nutrían ya una contra ola de signo reaccionario que daba por amortizados los consensos de 1978, que no pretendía ya simplemente controlar los empujes transformadores, sino que tales desafíos no volviesen a ser posibles, postulando una involución antiigualitarista y autoritaria. Se producía, así, la paradoja de que nacía un Gobierno de coalición de izquierdas en medio de un clima social y político de ofensiva reaccionaria.

Ese Gobierno, además, tuvo que enfrentar la pandemia mundial del COVID y las consecuencias de la invasión de Ucrania. Estas crisis supusieron el detonante de un proceso de confrontación entre las élites mundiales que se llevaba fraguando desde mediados de la década pasada. Si la reacción a la Gran Recesión de 2008 fue brutal, unificada y en general de sentido reaccionario-neoliberal, a partir de 2020 hubo un empuje visible por parte de esas mismas élites, especialmente en la Unión Europea, por buscar una salida mínimamente progresista a esta crisis inédita. Los dogmas neoliberales, y sus prácticas asociadas, se empezaron a cuestionar desde las más altas instancias, lo que permitió un refuerzo del carácter social y democrático del Estado por primera vez en muchas décadas. La traducción de esta excepcionalidad en el ámbito nacional fue contradictoria. Por una parte, empujó al Gobierno, en lo fundamental, a una posición ideológicamente a la defensiva, con muchas dificultades para pensar más allá de los plazos cortos. Sin embargo, esa apertura internacional en el margen de intervención político permitió activar una serie de propuestas en el ámbito laboral, social y medioambiental, al amparo de los planes de reconstrucción y

resiliencia de la Unión Europea, que habrían sido imposibles de otra manera. Finalmente, en el plano puramente político, impuso un proyecto de ampliación del espacio político de las fuerzas transformadoras, populistas y progresistas, que debían reaccionar a esa quiebra entre las élites y a los profundos cambios ocurridos en el propio pueblo.

Es en estas circunstancias en las que nace SUMAR, como una propuesta política muy vinculada a la iniciativa de Yolanda Díaz y a su desempeño como ministra de Trabajo: marcándolo, en su misma definición, con un claro perfil laborista y de defensa inequívoca de los trabajadores. El objetivo es salir del cortoplacismo y de la situación de estancamiento a nivel estatal de las fuerzas transformadoras, y abrir un proceso ciudadano, que comenzó con el Proceso de Escucha y el desarrollo de un proyecto de país para la próxima década, para pensar un horizonte de futuro para España: de justicia social, feminista, plurinacional, de transición ecológica y ensanchamiento de la democracia. El objetivo era devolver una mirada larga a la política transformadora, en torno a la cual articular, casi una década después, las mejores experiencias que quedaban presentes tras el declive de lo que en su momento fue “el espacio del cambio”. El Proceso de Escucha fue un camino de recoger ideas, cooperación, aprendizajes, innovación y fuerzas para estar en disposición de abrir un nuevo momento de avance democrático, ecologista y feminista.

Este era necesariamente un proceso lento de deliberación, articulación e innovación, que se vio alterado por la convocatoria anticipada y sorpresiva de elecciones generales por parte del presidente del Gobierno. A esos comicios SUMAR llegaba en condiciones francamente difíciles: sin haberse construido aún como proyecto político-electoral, sin haber podido cerrar los acuerdos con las formaciones políticas aliadas, y en medio de un clima de profundo desánimo progresista, y, por tanto, pulsión a concentrar un voto defensivo en el PSOE. Sin embargo, fuimos capaces, primero, de protagonizar una victoria moral contra la resignación; después, de ser la fuerza decisiva en lograr para el campo progresista una ajustadísima victoria que ha permitido conformar un nuevo Gobierno de coalición de izquierdas sustentado por una mayoría parlamentaria de fuerzas democráticas.

Ahora SUMAR tiene ante sí al menos tres tareas fundamentales y que debemos afrontar con la conciencia de que, pese a las dificultades españolas, hemos ganado un tiempo precioso para armarnos en medio de una nueva ola reaccionaria internacional que crece como respuesta a los intentos de resolución progresista de los primeros años de esta década de crisis múltiples.

En primer lugar, tiene que ser la fuerza intelectual y cultural que, ante las tentaciones de repliegue o las amenazas reaccionarias, proponga un horizonte de vida mejor. En ese sentido, el PSOE se equivoca cuando cree que esta puede ser una legislatura de consolidación: en tiempos de crisis de época, no avanzar es retroceder, y la única manera de conservar derechos es expandirlos. En segundo lugar, SUMAR es la fuerza que, desde el Gobierno y desde las calles, tiene que idear y empujar por un ciclo virtuoso de transformaciones que alteren la correlación de fuerzas, democratizando el Estado y la economía, así como generando más confianza de los subalternos en sus propias fuerzas. En tercer lugar, SUMAR tiene ante sí el reto de organizar el caudal de apoyo y expectativas recibido para que no dependa de momentos de entusiasmo o aclamatorios, sino que tenga institucionalidad y formas de participación amables, republicanas, democráticas y compatibles con una política empeñada en hacer mejor la vida. Haciéndolo, SUMAR podrá convertirse en la herramienta de un cuarto momento popular y democrático, que lleve más lejos la herencia recibida por los que lucharon antes, amplíe los bienes comunes y expanda la libertad de los iguales.

Título 3: DEFENDER LA DEMOCRACIA. “SENTIDO”

Porque la democracia está en peligro, Sumar debe ser el partido de la democracia.

Ahora bien, todos los partidos dicen serlo, incluso los que militan contra ella. Nadie cuestiona la democracia como concepto; nadie, ni a derechas ni a izquierdas, se atreve a pedir una dictadura. La desdemocratización global, cuya expresión electoral son esos partidos “iliberales” de extrema derecha que, en su creciente hegemonía, arrastran a su seno a las derechas clásicas, no se acomete en nombre del autoritarismo o de la dictadura, sino en nombre de la “libertad”. El “progresismo”, el “feminismo”, el pensamiento “woke” se denuncian precisamente como amenazas a las libertades fundamentales del individuo: de Ayuso a Milei, de Bolsonaro a Trump, de Orban a Meloni y Le Pen, esta combinación de neoliberalismo económico y valores reaccionarios pivota en torno al concepto de “libertad”. Ayuso se rebeló contra las medidas sanitarias tomadas durante la pandemia en nombre de la libertad; Milei, motosierra en mano, vocifera un libertarismo radical que promete talar los pilares del Estado para devolver la libertad a los argentinos. Hoy la democracia se desgasta con la apelación a una falsa libertad que, lejos de sustentarse en la defensa del partido único o en la apelación al golpe de Estado militar clásico, aboga por deshacerse de los derechos conquistados, creando un espacio perfecto para la acción ilimitada de la oligarquía.

Al mismo tiempo, SUMAR tiene que ser la fuerza política de los Derechos Humanos, en un momento en el que la violencia, a nivel simbólico y a nivel geopolítico, se empieza a naturalizar como horizonte de negociación. Pues ocurre que este desgaste democrático, que no cuestiona públicamente el concepto de democracia, del que saca ventaja, sí cuestiona los Derechos Humanos. Los DDHH-empieza a insinuar la derecha- son un lujo que no nos podemos permitir, ni como Estados ni como naciones ni como trabajadores. La hipocresía liberal clásica (que expulsa inmigrantes con una mano y exalta los DDHH con la otra) deja su lugar a un racismo cada vez más impúdico que denuncia en voz alta los grandes logros jurídicos de la post-guerra mundial como obstáculos para la legítima defensa o como asideros para terroristas y delincuentes; en todo caso, como etiquetas ideológicas de una izquierda “perdedora” y “represora”, y no como consensos universales a respetar. La Declaración Universal de los Derechos Humanos expresa el gran consenso alcanzado tras la Segunda Guerra Mundial: contiene las medidas necesarias para construir sociedades con libertad, con justicia social y climática. Constituye un programa integral y estratégico capaz de unir a las mayorías sociales y a los pueblos del mundo con tal de construir una democracia plena y combatir los grandes problemas de la humanidad, aquellos que condenan a la exclusión a las clases trabajadoras y subalternas de la mayoría de los pueblos

del mundo, generan la crisis climática y amenazan el futuro de la vida sobre el planeta.

Pero, en tercer lugar, frente a las oligarquías destropopulistas que apuestan por una contrarrevolución reaccionaria, SUMAR debe ser también una fuerza de vocación transformadora. En una crisis de época no hay nada que consolidar en la inestabilidad: todo lo que no sea avanzar significa retroceder. En un marco global adverso, y en el seno de una coalición estatal de Gobierno en la que está en minoría, SUMAR debe usar las instituciones con el fin de conquistar bienes comunes para las clases subalternas y en proceso de degradación socio-económica impulsando y colaborando con todas las manifestaciones de la sociedad civil que empujen a favor de las mayorías sociales, mientras se prepara, a medio plazo, para ir más lejos, para construir un ciclo virtuoso de reformas profundas, estructurales, que, con cada mejora de la vida cotidiana, construyan más fuerza, mayor disponibilidad y más confianza en sus propias fuerzas para las gentes del común, para mirar más lejos y apuntar a transformaciones más audaces. No habrá victoria en el Gobierno si no vuelven a ganarse las calles.

Esta tarea tiene que hacerse a sabiendas, en cualquier caso, de que los retrocesos en el ámbito internacional y europeo y la derrota en España de las ilusiones transformadoras de la última década dejan a SUMAR en una posición tan privilegiada como difícil. Privilegiada porque, al contrario que otras izquierdas europeas, forma parte de un Gobierno progresista: nuestra aparición ha permitido ganar tiempo y resortes institucionales para intervenir ya en favor de una vida más justa y sostenible; difícil porque su margen de maniobra es pequeño y el peligro de fracaso y/o invisibilidad es considerable. Por eso mismo necesita combinar la acción institucional con un programa político e ideológico que mire más allá, que saque la política del sistema político y la lleve a la vida cotidiana y a los deseos y expectativas de nuestra época, para interpelar a las mayorías sociales para que se movilicen por un proyecto de futuro compartido. Defendimos con éxito la democracia mínima frente a los reaccionarios, ahora nos toca liderar la expansión democrática en España.

Porque la libertad está en disputa, Sumar debe ser el partido de la libertad.

La democracia, los Derechos Humanos y lo que podríamos llamar un ciclo de “reformismo radical”, deben formar parte inalienable de su funcionamiento organizativo, discursivo y propositivo, pero solo se avanzará socialmente en estos terrenos (que hay que asentar primero y ampliar después) si se disputan culturalmente los resortes movilizados de las derechas; si se da la batalla cultural al mismo tiempo que la económica y social. Esto quiere decir que, comoquiera que el desgaste de la democracia, la relativización de los Derechos Humanos y la resistencia a las políticas transformadoras, se acometen desde la “libertad”, su defensa debe hacerse también desde la reivindicación de la “libertad” como principio rector

de todas las garantías y todos los progresos.

La batalla por la libertad es el gran combate ideológico de nuestro tiempo y SUMAR asume la defensa de una libertad republicana que asegure las condiciones materiales que hacen posible el ejercicio de la ciudadanía, de la democratización de la libertad frente al privilegio de la huida de unos pocos, como brújula ética y política. La libertad es positiva, deseable, comprometedora; se siente y no solo se enuncia; todo el mundo está dispuesto a defenderla. Hay que revertir, pues, la idea de “libertad” (que las derechas usan contra ella) en favor de la democracia; es decir, en favor de la soberanía individual y ciudadana, amenazadas por una economía que se quiere ilimitada y que disuelve, al mismo tiempo, todos los vínculos sociales y pone en peligro nuestro planeta. SUMAR debe pensar la relación política entre democracia, libertad y límites. Tiene que hacer deseables los límites.

Frente a las destructivas revoluciones neoliberal y reaccionaria, hechas “desde arriba”, SUMAR debe defender y ampliar la democracia, los derechos humanos y las reformas radicales, pero debe hacerlo desde la “libertad” y “desde abajo”. Esto implica que no puede pensar solo en el Gobierno y desde el Gobierno, ni trabajar únicamente por la conservación de las instituciones liberales hoy amenazadas; debe concebirse desde los vínculos concretos en los territorios concretos con el propósito de ofrecer más libertad a los individuos y a los ciudadanos allí donde discurren sus vidas, lejos -por tanto- de la política institucional. La democracia no es solo libertad para votar; es la libertad de decidir nuestro rumbo compartido, es la libertad de vivir sin miedo al capricho de unos y el permiso obligado de otros, es sobre todo libertad para reunirse y decidir sobre el tiempo propio, los bienes comunes y los espacios compartidos. Ninguna reforma puede ser más radical que esta democratización del tiempo y el espacio, pues la condición para acometerla (libertad para trabajar, jugar, beber, comer, leer, educar a los hijos, hacer deporte, cuidar un árbol, decir no, debatir una propuesta, dormir la siesta) es la democratización de la economía. La libertad deportiva, sexual, intelectual, social, cultural dependen de esa reforma pendiente.

SUMAR es el movimiento de la democracia, de los Derechos Humanos y de las reformas radicales; es decir, de la libertad. Quiere ser el proyecto que recoja las mejores tradiciones emancipatorias y de luchas de nuestra historia para hacerlas realidad; las de los socialistas, los comunistas, los anarquistas, los cristianos y los liberales.

Un proyecto ambicioso y transversal. SUMAR nace en una situación en la que debe defender los mínimos democráticos al tiempo que lucha por este programa de máximos en un momento frío, de retroceso internacional tras una década caliente. Por lo tanto, hoy SUMAR también debe dar la batalla por conservar lo que aún no nos han robado, todo lo bueno que nos legaron las luchas de décadas pasadas; los bienes comunes que ganamos con un margen de maniobra pequeño no son migajas ni cesiones, son un gesto conservador (conservador de derechos y libertades ahora amenazadas) y un punto de partida que ya contiene una propuesta transformadora: liberar los cuerpos, limitar el poder de los fuertes para garantizar la libertad en común de los frágiles hoy y para las generaciones futuras.

SUMAR no quiere otra cosa, no tiene otro principio, no busca otro objetivo, que la democracia. SUMAR no pretende adjetivar la democracia: la democracia le basta. SUMAR concibe al socialismo, el ecologismo y el feminismo como vectores imprescindibles que se entrelazan con los mejores elementos de la tradición republicana, democrática e igualitarista. Lo que separa fundamentalmente a SUMAR del resto de formaciones políticas, su diferencia específica, es que nunca considera, autocomplacientemente, que ya haya suficiente democracia: siempre quiere más, ansía más, va a por más, hasta que llegue al último rincón de la sociedad, hasta que alcance a todos y libere a todos todo el tiempo de la arbitrariedad de los privilegios, del poder del dinero o del ejercicio de la violencia. Por eso SUMAR es un proyecto popular y abierto, porque se dirige a todo el pueblo y no sólo a quienes ya piensan como nosotras y nosotros.

SUMAR pretende que la democracia –el poder de la mayoría, el gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo– no signifique solo votar cada cuatro años: quiere llevar la democracia a los lugares de trabajo, a las estructuras de poder, también las vinculadas con el género; a la participación ciudadana de las cuestiones comunes de la ciudad, al libre acuerdo entre pueblos de un mismo Estado, a Europa, a las relaciones internacionales y a nuestra relación con la naturaleza. La democracia es un frágil tesoro que nos han legado las generaciones que nos han precedido y que solo se puede proteger avanzando; en el momento en que dejemos de caminar hacia adelante para congratularnos autocomplacientemente de lo conseguido, la democracia se muere, asaltada por amenazas por todas partes. SUMAR busca, en definitiva, una democracia que pueda ser vivida como real para las gentes de este país.

SUMAR pretende sumar, antes que nada y primero de todo, a los de abajo frente a los de arriba: porque la política misma es esa lucha entre democracia y oligarquía. Porque solo puede haber sociedad donde hay equilibrio, y ese equilibrio lo rompen los privilegios, la apropiación particular de lo común, y lo restituye la justicia social. SUMAR pretende ser tan abierto con las diferencias de la mayoría, como duro contra los que pretenden hurtarles la igual libertad. SUMAR pretende reconciliar la alegría de la gente corriente con el tajante rechazo a las injusticias.

Hasta que seamos socialmente iguales para ser humanamente diferentes y totalmente libres. Y hasta que la libertad de cada uno sea la precondition de la libertad de todos.

Título 4: NUESTRAS TAREAS. “ALAS”.

En su despliegue y en su vocación de ir más allá, de cumplir con las promesas de libertad, democracia y derechos humanos, SUMAR debe convertirse en la herramienta fundamental para traducir en acción política un cuarto momento popular y democrático, retomando la mejor herencia de los tres momentos anteriores: la II República y la Guerra Civil; la lucha contra la Dictadura y la Transición; y la oleada democratizante a partir de la Gran Recesión encarnada en la crisis política y económica de 2008. El Proceso de Escucha y el desarrollo de un proyecto de país son mecanismos que se enmarcan en la voluntad de pensar y desarrollar esta cuarta ola democrático-popular.

Cuando los derechos humanos se ven amenazados por una ola reaccionaria internacional, es necesario expandir el espacio sobre el que queremos actuar, buscando la entrada en escena de nuevos agentes, demandas, necesidades, intereses y libertades, con tal de ofrecer un horizonte de esperanza y certezas. España, en su condición de excepcionalidad, puede representar una alternativa de futuro a la desdemocratización global, y hacerlo encarnando una profunda transformación de la mano de los movimientos sociales, feministas, ecologistas, antirracistas, en favor de una vida buena: articulando una amplia alianza que haga de la democracia y de la libertad realidades y no meros conceptos. Esta cuarta ola democrática y popular será, necesariamente, la ola del feminismo y del ecologismo, laborista, de la justicia social y de la emancipación colectiva.

Tareas prioritarias para democratizar la libertad

Democratizar la libertad significa construir las condiciones para que la libertad sea un derecho universal y no un privilegio. La libertad gozosa en sociedad frente al simulacro de libertad miedosa contra el otro. Frente a la ideología neoliberal que opone libertad y democracia porque concibe la libertad como una experiencia sostenida por la propiedad y el poder adquisitivo, la tradición republicana en la que se inscribe SUMAR sabe que la libertad prospera y los proyectos de vida individuales y colectivos florecen cuando la democracia es fuerte. Esto es, cuando la democracia va más allá de unos procedimientos electorales y se convierte en una cobertura institucional de cuidado y protección que, repartiendo y compartiendo la riqueza común, garantiza a todas las personas su independencia material. Y, por tanto, su derecho a construirse un proyecto de vida propio y sin miedo, caminando sobre la red de seguridad que aporta una comunidad, que es la mejor garantía para desplegar sus máximas capacidades.

Libertad y democracia no son valores que compitan. Son sinérgicos. El propósito de SUMAR es hacer de la relación entre democracia y libertad un círculo virtuoso que se convierta en el motor del proyecto común que rija la comunidad política plurinacional española. Para desplegarlo, localizamos **seis ejes** de tareas prioritarias para esta década, que deberán traducirse en victorias concretas durante esta legislatura. Son los componentes centrales del nuevo contrato social que le proponemos a nuestro país para el siglo XXI.

Aunque hoy el modelo neoliberal está en crisis y no puede ofrecer soluciones inclusivas y duraderas a ninguna de las crisis de la época, la disputa política se produce aún sobre un terreno marcado por la subjetividad y el régimen de deseo neoliberal. El combate por ofrecer otros modelos de vida y otros horizontes de deseo es el combate cultural central en la disputa por el futuro. SUMAR ve en el feminismo y el ecologismo las dos mejores palancas para la propuesta de una vida mejor.

Democratizar el Estado

La lucha de la resistencia política, del movimiento obrero y de la ciudadanía contra la dictadura impuso, con sudor, sangre y mucho sacrificio popular, una agenda democratizadora que nos condujo a la conquista de un anhelo secular de los pueblos de España: un sistema político de derechos y libertades homologable con el entorno de las democracias europeas, que esta vez no ha sido un paréntesis efímero, sino una realidad que se ha consolidado durante casi medio siglo. Sin embargo, el reconocimiento de que la transición democrática fue un avance histórico no significa admitir, como pretenden los sectores conservadores y progresistas acomodaticios, que la tarea de la democracia en España esté completa. En primer lugar, porque la democracia nunca es una meta definitiva, sino un horizonte que cada generación debe disputar para expandir más lejos, calibrándola con los retos de su tiempo, como hoy son: la crisis ecológica, la revolución tecnológica, el feminismo o el desafío involucionista que ha lanzado la extrema derecha con su internacional reaccionaria. En segundo lugar, porque, en nuestro contexto nacional, el acuerdo que fundó nuestro sistema democrático estuvo marcado por una importante asimetría subyacente. Tras 40 años de aplicación sistemática de la violencia política por parte del bloque histórico que destruyó la II República, no todos los sectores sociales de los diferentes pueblos de España concurren a la negociación constitucional en igualdad de condiciones.

De aquellas circunstancias históricas específicas, el Estado español heredó toda una serie de bastiones autoritarios que atraviesan diferentes nodos de la trama institucional y de la sociedad civil ampliada y que funcionan como un obstáculo y un límite de facto para el alcance de la soberanía democrático-popular: desde la jefatura del Estado hasta el acceso y procedencia geográfica, ideológica y de clase a las altas magistraturas, pasando por sectores y territorios enteros del Estado declaradamente situados más allá del ejercicio y el control democrático. Durante mucho tiempo estos fortines oligárquicos se han entendido como una rémora anecdótica o un mal menor, en pos de la consolidación de la democracia. Pero una

vez que la democracia -al menos en su acepción liberal “mínima”- es una realidad incuestionable, resulta anómalo seguir manteniendo límites tan evidentes y rígidos al alcance de la voluntad popular. De hecho, tras los impulsos democratizantes de la pasada década, esos bastiones autoritarios se han articulado de manera explícita con fuerzas políticas, sociales y oligárquicas en un bloque reaccionario que reivindica para sí un derecho patrimonial sobre el Estado y el país; en virtud del cual, cuando gobiernan las derechas, todos los poderes están alineados, y cuando gobierna el centroizquierda, una mayoría del poder institucional, social y económico asume como tarea limitar o, directamente, vetar los posibles cambios de alcance votados por la ciudadanía, pasando incluso por encima de sus propias normas. No habrá cambios sociales progresistas y ecologistas de calado sin revertir esta correlación de fuerzas en el Estado.

Por todo esto, SUMAR debe ser la fuerza política que responda a los riesgos autoritarios que hoy sacuden Europa, no sólo conservando el orden existente, que implica la subalternidad de las clases trabajadoras y populares, sino impulsando una nueva democratización del Estado español, para hacerlo más parecido al país real, más equilibrado en su correlación de fuerzas y, por tanto, más diverso, más plural, más justo, más ecológico y al servicio de la ciudadanía.

Democratizar la economía

Para la tradición republicano-democrática y socialista en la que se inscribe SUMAR, la democracia no es efectiva si a los procedimientos, como el sistema electoral o la división de poderes, no se le añaden, como su complemento imprescindible, dispositivos institucionales para garantizar la seguridad material y, por tanto, la independencia personal y libertad de cualquier ciudadano frente a la dictadura del mercado. Para que los derechos políticos nominales se tornen reales necesitamos desplegar un amplio abanico de mecanismos de redistribución de la riqueza (desde servicios públicos hasta el derecho laboral, pasando por políticas de vivienda, o una fiscalidad progresiva) que erradiquen la precariedad existencial que gobierna la vida de las clases trabajadoras y populares. Y compensen así el desequilibrio de partida, biográfico y político, que sufren los excluidos de la gran propiedad y el poder económico. En otras palabras, necesitamos democratizar la economía.

Democratizar la economía es una tarea con, al menos, cinco ramificaciones:

- i) SUMAR debe seguir profundizando en su hoja de ruta para desarrollar los derechos laborales de los trabajadores y trabajadoras, hasta alcanzar los estándares más altos de protección europeos, siendo la fuerza política que logre consolidar transformaciones estructurales, como el fin de la temporalidad y la segmentación del mercado de trabajo, y que dibuje un nuevo paisaje laboral en España. Es central para nosotros levantar un nuevo Estatuto del Trabajo del Siglo XXI que afronte los retos actuales de la economía y democratice las relaciones laborales, avanzar hacia la regulación del teletrabajo, por la justicia en la economía de plataformas, el derecho a

la desconexión y otras disputas.

ii) SUMAR debe disputar con ambición la distribución justa de las posibilidades que ofrece la revolución tecnológica de la Inteligencia Artificial y la IV Revolución industrial, regulando los nuevos procesos productivos en favor de las clases medias y de los trabajadores y aprovechando los incrementos de productividad asociados a esta disrupción tecnológica, para liderar el que será uno de los grandes hitos emancipadores de nuestra generación: la reducción efectiva de la jornada laboral sin pérdida salarial, logrando la conquista del tiempo para las clases populares. Asegurando su compatibilidad y complementariedad, las innovaciones tecnológicas y la necesaria transición ecológica son palancas para construir un nuevo modelo productivo basado en la industrialización verde, el conocimiento y los cuidados, con empleos y estables y bien pagados.

iii) SUMAR debe ser, a su vez, la fuerza política pionera en construir un Estado del bienestar del siglo XXI sobre la base de la extensión de los derechos universales de ciudadanía, superando la beneficencia condicionada para los pobres y una concepción laboral de la ciudadanía propia de un universo productivo fordista que ya no existe. Este objetivo pasa por hacer nuestras seis grandes líneas de acción:

a) el blindaje de las grandes conquistas sociales desmercantilizadoras del siglo XX, como la educación y la sanidad pública, hoy sometidas a un fortísimo proceso de degradación para favorecer su privatización.

b) introducir y consolidar tres nuevas conquistas desmercantilizadoras para este siglo: el derecho efectivo a la vivienda (con políticas ambiciosas de regulación de precios y vivienda pública y sostenible, que infrinja una derrota política al bloque rentista-inmobiliario); el derecho a una movilidad sostenible (con políticas universales de transporte público urbano y una vertebración del territorio con ferrocarril económicamente asequible); el establecimiento de un Sistema Nacional de Cuidados.

c) ser la fuerza política que impulse la experimentación de políticas innovadoras de reparto de riqueza basadas en fórmulas predistributivas, como la renta básica universal, el ingreso por hijo o la herencia universal. El Estado bienestar del siglo XXI ha de superar la, hoy impracticable, ligazón entre trabajo y derechos de ciudadanía.

d) impulsar políticas sociales y familiares que fomenten la socialización y el reparto igualitario de las tareas de cuidado y de toda esa actividad que genera bienestar social no remunerado y que recae, mayoritariamente, sobre las mujeres en el seno de las familias, atendiendo también a la diversidad de hogares y a sus diferentes necesidades (familias monomarentales, numerosas, LGTBI+, con miembros con discapacidad, reconstituidas,

adoptivas, residentes en el medio rural, en las que algún miembro procede de otro Estado, etcétera). Y dando una respuesta efectiva que incremente la salida de la pobreza a través de la intervención del Estado.

e) visibilizar a quienes están en los márgenes y apostar por una renta básica universal que permita a todas las personas disfrutar de una vida digna.

iv) SUMAR debe liderar la conversación respecto a un nuevo reparto del protagonismo económico entre la empresa privada, el Estado y el tercer sector, acorde a los retos del siglo XXI y a los nuevos vientos económicos. Como ya hemos visto con la pandemia y con la guerra de Ucrania, la Policrisis está redefiniendo el papel económico del Estado. Hoy conceptos como “planificación”, “regulación”, “protección comercial” o “política industrial” vuelven a estar en el centro de la reflexión estratégica, junto a una revalorización del papel de lo público como agente emprendedor e innovador. A su vez, SUMAR debe impulsar la economía social, atendiendo a sus demandas específicas, para lograr un salto cualitativo en su papel económico. Y, aunque la tarea urgente de nuestro tiempo es sentar los mimbres de una economía posneoliberal, con un fuerte componente de justicia social, SUMAR mantiene un compromiso histórico que implica diseñar los lineamientos normativos para que la relación entre el mercado, la empresa pública y el sector cooperativo vaya declinando en innovaciones evolutivas que permitan, a medio y largo plazo, una superación democrática de los parámetros económicos vigentes.

v) Es imprescindible para todo esto un nuevo sistema fiscal inteligente, justo y verde, que sirva como instrumento de redistribución efectiva de la riqueza y al mismo tiempo permita financiar misiones audaces e innovadoras de un Estado emprendedor asociado al cambio de modelo productivo y la apuesta por sectores de mayor valor añadido.

Democratizar las relaciones entre pueblos, naciones y territorios

La construcción de un marco de convivencia idóneo y mutuamente beneficioso entre las diferentes naciones, pueblos y territorios de España es una de las cuestiones históricas sin resolver más importantes de nuestro país.

SUMAR afronta este debate desde un compromiso convencido con celebrar la complejidad consustancial de España, lo que pasa por reconocer su carácter plurinacional como una de sus mayores riquezas. Para SUMAR, este rasgo esencial de nuestro suelo histórico profundo exige, como principio guía, constituir fórmulas de convivencia basadas en la voluntad y el libre acuerdo entre pueblos, y no en la coacción. Estas fórmulas pueden ser diversas en su concreción jurídica y constitucional, pero para nosotras y nosotros pasan necesariamente por formas cooperativas, inspiradas en el federalismo y confederalismo, por una nueva

formulación del pacto de convivencia basado en el reconocimiento político de la plurinacionalidad y por tanto de una gobernanza que avance en un sentido de soberanías compartidas, que hoy se extienden además a la Unión Europea.

Además, la evolución reciente en nuestro país de las tensiones nacionales y territoriales no resueltas ha demostrado que negar la realidad plurinacional española tiene como precio una peligrosa erosión de la democracia. A su vez, es una constante histórica que, por la conformación del Estado español y su núcleo de poder oligárquico, en España la agenda social y la agenda plurinacional han avanzado siempre en paralelo, aunque no necesariamente de manera coordinada o armónica. En el siglo XXI no es diferente: cualquier alternativa electoral a los Gobiernos del bloque conservador-reaccionario pasa por una alianza amplia de las fuerzas progresistas del conjunto del Estado con las diversas sensibilidades políticas de las naciones sin Estado.

Más allá de las tensiones producidas por diferentes identificaciones nacionales bajo el paraguas de un mismo Estado, España también arrastra una desvertebración secular en su geografía política, fruto del centralismo y la planificación radial de las infraestructuras y planes de desarrollo, con fuertes desequilibrios demográficos entre territorios, así como un cierto abandono institucional del nivel administrativo municipal, que no se corresponde con una época cuyos problemas exigen un Estado muy capilarizado, descentralizado y con capacidad de hacer políticas de alta resolución.

Por todo ello, SUMAR debe convertirse en una fuerza de vanguardia cultural e ideológica que abandere el proceso pendiente de democratización de las relaciones entre pueblos y naciones del Estado, bajo el irrestricto respeto al principio de voluntariedad política. SUMAR, a su vez, tiene que canalizar las demandas de justicia y reequilibrio territorial de aquellos lugares que han sufrido una auténtica sangría demográfica provocada tanto por el modelo de desarrollismo franquista-productivista, como por el paradigma neoliberal, haciendo de la transición ecológica justa el vector de regeneración económica, social y poblacional de muchas comarcas y regiones de la España olvidada; es necesario abordar un nuevo modelo de financiación autonómica, financiación de la cual depende, en buena medida, el gasto social de competencias públicas transferidas, como la educación, la sanidad y la dependencia, capaz de asegurar el acceso a los bienes comunes públicos de toda la población. Finalmente, SUMAR ha de impulsar la segunda ola descentralizadora del Estado, ordenando el nivel competencial de los municipios y dotándolos de recursos suficientes para que puedan desarrollar políticas municipalistas autónomas y bien ajustadas a sus necesidades locales.

Democratizar las relaciones humanas

La referencia feminista de SUMAR es la huelga general de los cuidados que en 2018 nos mostró la fuerza imparable de todas las mujeres, recientemente repetida y fortalecida en Euskal Herria. Nunca hubo en el Estado español un feminismo más transversal ni más transgeneracional. Ya no se hablaba tanto de techos de cristal o procesos de masculinización, como de suelos pegajosos o feminización del espacio público, centralidad de la vida y los cuidados, libertad sexual, interseccionalidad y alianzas entre luchas. El cambio fue notable. A eso se unió después, la experiencia aterrizada de la pandemia que evidenció la enorme relevancia de los trabajos otrora considerados como “irrelevantes”, mayoritariamente femeninos, gratuitos en casa y precarizados fuera.

Las temáticas movilizadoras de estos años marcaron el futuro de las mujeres en España, y, en su mayor parte, se articularon alrededor de la centralidad del cuerpo. El cuerpo entendido como un “campo de batalla”, como fuente de subjetividad y de procesos identitarios, y como la prueba irrefutable de nuestra necesidad de cuidados. En este sentido es central, en la lucha por la libertad, el movimiento por la emancipación y la plena igualdad de derechos de las personas LGTBI, que ha salvado y salva la vida a mucha gente, que enriquece a los feminismos y se ha convertido además en el primer muro de contención frente a los reaccionarios y los discursos de odio, ofreciendo un ejemplo de conquista de derechos irreversibles y ampliación de las libertades de todas y todos. Cuando se han ganado derechos para las personas LGTBI, no ha sido en beneficio de la libertad de unas minorías o de unos pocos, sino ensanchando la democracia para cualquiera, y el feminismo debe reflejarse en esa amplia articulación de alianzas. El derecho a ser (y a tener una vida digna con independencia de quien uno sea) o el derecho a amar no son reivindicaciones sectoriales, sino conquistas democráticas en las cuales la libertad de todos y todas, use o no use cada uno esos derechos, se ve ampliada y extendida.

Esta alianza transversal hace imposible comprender el feminismo de SUMAR sin tener en cuenta el enfoque interseccional. No basta con analizar una única estructura de poder, igual que implantar por ley la paridad institucional o en los consejos de administración no acaba con la desigualdad; comprender cómo interactúan entre sí diferentes sistemas de opresión, vinculados al género, la clase, la orientación sexual o la nacionalidad, permite no sólo trascender cualquier tentación identitaria o de repliegue conservador, sino articular coaliciones amplias en pos de una libertad compartida. El feminismo no puede reducirse a la lucha de las mujeres: es la encarnación más tangible de un proyecto radicalmente transformador de la sociedad y de las relaciones humanas; y, en tanto que radicalmente transformador, también radicalmente democratizante. Para que la democracia llegue a las esferas públicas, políticas y económicas, también ha de llegar el feminismo; si aspiramos a que la democracia se extienda a la vida cotidiana, sólo podrá ser de la mano del feminismo.

El cuerpo como objeto de cuidados y la apelación a la vulnerabilidad como un signo identificador de lo humano han subrayado la relevancia de las mujeres, tanto en el ámbito

reproductivo como productivo. La corresponsabilidad, el deber de cuidar, el derecho a cuidar y a ser cuidado, han sido la punta de lanza de una narrativa revolucionaria que bascula sobre las experiencias más cotidianas y concretas de las mujeres. Y esta centralidad del cuerpo, las relaciones y los vínculos, está también conectada con la defensa de los comunes y con el papel protagonista que han jugado las mujeres en la resistencia frente al expolio, las privatizaciones de los servicios públicos y la actividad especulativa. Asumir esta mirada es poner en el centro la economía de la vida, las necesidades, la vulnerabilidad, la salud mental, y nuestra relación con la naturaleza; asumir la interdependencia y la codependencia como elementos definitorios de nuestro ser y estar en el mundo.

Todo ello sin olvidar que, en la medida en la que hay cuerpos que siguen siendo violentados, no se puede abandonar la lucha por un país libre de violencias machistas. Se han dado pasos importantes legislativa, política y socialmente, pero falta mucho por hacer. Es importante analizar en qué estamos fallando, tanto para revertir el feminicidio y las agresiones sexuales en cualquiera de sus formas, como para blindar nuestros derechos sexuales y reproductivos (en la medida en que su vulneración es un ejercicio de violencia institucional). La libertad sexual y la autonomía reproductiva siguen siendo bastiones esenciales para todos los feminismos de este siglo.

En España, la lucha contra las violencias machistas ha hecho un interesante recorrido desde el espacio privado-familiar al espacio público y eso ha permitido avances indiscutibles, pero, a todas luces, limitados e incompletos. Favorecer la coordinación interinstitucional, poner el foco en el agresor y estudiar las deficiencias y carencias del sistema son cuestiones pendientes que han de abordarse interpelando también a los varones como parte inalienable de la solución y no como problema a combatir mediante populismo penal y puritanismo securitario. La crisis de la masculinidad y la radicalización en base al discurso de la derecha reaccionaria y misógina, en cuya espiral vemos caer a una gran cantidad de jóvenes varones, son cuestiones a las que solamente el feminismo (y un feminismo con vocación de mayorías) puede dar respuesta, proponiendo modelos alternativos en base a su democratización de las relaciones sociales. Defender que el feminismo es para todo el mundo, lejos de diluirlo, permite vincularlo a través del enfoque interseccional a cada uno de los puntos de quiebre y retos que plantea el siglo XXI, y hacer así que el feminismo esté presente en todas partes. No hay emancipación de las mujeres sin reformulación de lo que significa ser un hombre, ni la habrá si no nos preocupamos por los derechos de las personas migrantes, si no buscamos radicalmente la dignidad en la vulnerabilidad o si no ponemos en el centro las violencias vinculadas a un injusto reparto y distribución de la economía, del poder y de la libertad en sí misma.

El feminismo de SUMAR ha de ser antipunitivista. No se trata únicamente de criminalizar y castigar al victimario concreto. La justicia penal al desnudo tiene un alcance limitado, confirma el statu quo y alimenta las dinámicas más utilitaristas del sistema. Dinámicas que pueden llevar a castigos espectaculares para ciertos agresores señalados mediáticamente, represalias individualizadas de enorme calado para disuadir a terceros, pero que resultan inútiles una vez eliminadas las manzanas podridas. Frente a un Derecho patriarcal, la protección de las mujeres requiere de un trato especial pero ese trato pasa por acompañar la arquitectura sancionatoria de un sistema penal y penitenciario con políticas preventivas y con una agenda social más amplia en torno a las violencias. Lejos de centrarnos en el Derecho penal como herramienta única para la resolución de los daños individuales, con la primacía del concepto de “víctima” que ello conlleva, SUMAR debe recuperar el análisis estructural de todos los mecanismos de opresión. La democratización de las relaciones humanas no puede resolverse volviendo a la lógica de víctimas y victimarios: afecta, implica y en ella ha de sentirse concernida la integridad de nuestra sociedad, para lograr la libertad de todas.

Finalmente, hay que señalar que la agenda feminista de SUMAR no es solo reactiva. Debemos articular una propuesta constructiva incorporando las reclamaciones del movimiento y de los diferentes feminismos y haciendo más y mejor pedagogía. La vocación de SUMAR no es sólo elaborar un proyecto mejor, más libre, justo y democrático, sino sentar las bases para que ese proyecto pueda ser debatido, rico y pluralista: elevar el nivel de la conversación pública. No se trata de armar un proyecto feminista desde las instituciones o los partidos. SUMAR debe poner en marcha políticas de representación, redistribución y reconocimiento, y conectar con audacia la promesa material, la cultural y la simbólica, porque estas promesas ni se deben ni se pueden desvincular, pero instituciones y partidos son solo mediaciones para traducir las demandas sociales y la diversidad en marcos normativos y políticas públicas.

Los feminismos vienen cargados de futuro. Poner ese futuro en marcha exige salir del victimismo y de un diseño distópico, pesimista y sórdido de lo que nos espera. Hemos de mirar tan lejos como nos permitan nuestras habilidades, saberes y aprendizajes, y está claro que ese horizonte es inmenso y emancipador. Si se cancela el futuro triunfa el conservadurismo, cuando no el catastrofismo. Si no hay futuro, no hay transformación posible y SUMAR quiere transformar. Sabemos que en este terreno el optimismo de la voluntad es imprescindible, pero no solo. Si el futuro puede ser habitable hay que demostrarlo con hechos. Hemos de creer y creer poder, pero también tenemos que ofrecer certeza y seguridad para animarnos a dar el siguiente paso. Imaginación, entusiasmo, alegría, motivación, ganas y hechos. Definir adecuadamente el marco de acción es tan importante como asegurar una buena gestión y una adecuada actividad legislativa.

Probablemente, el mayor reto que tenemos por delante es el de combatir el nihilismo/conservadurismo (no hay futuro), el cinismo (el futuro es una reiteración y toda acción es superflua) y la ciclotimia (euforia-melancolía), que suelen capitalizar las derechas en favor de las élites, así como la política del fracaso y la marginalidad

(victimismo represivo) de los proyectos políticos autorreferenciales. Apostar por un futuro deseable, habitable y responsable exige asumir una conciencia circular del tiempo (vincular pasado/memoria y cambio) y una matriz relacional. Esto es lo que aportan, entre otras cosas, las relecturas feministas de la familia (gestión de los cuidados, natalidad y pobreza infantil), la patria, la nación, el Estado, la economía y la clase social de las que nos hacemos cargo, frente a la disolución de los vínculos o su utilización en favor de la estrangulación conservadora/nostálgica.

SUMAR es contar para unir en sentido cuantitativo y cualitativo. Los muchos vinculados y sumados en un mundo escaso, frente a la separación, la competición y el sálvese quien pueda que alimenta tanto el neoliberalismo de mercado como el conservadurismo hereditario.

Democratizar la vida buena y el derecho al futuro

La desestabilización material provocada por la policrisis ecológica (climática, hídrica, de biodiversidad, de agotamiento de recursos, de contaminación) es, sin duda, el tema de nuestro tiempo y el mayor desafío que enfrenta hoy la humanidad. Pondrá en juego cientos millones de vidas, las condiciones de habitabilidad en amplias franjas del planeta, también en España y Europa, y todos y cada uno de los logros conquistados por los movimientos democráticos y populares durante la era industrial. Será la resolución de la disputa política que la crisis ecológica implica la que definirá el siglo XXI, en la medida en que lo que se dirime en ella es el derecho al futuro. En esta tesitura, España está situada en una encrucijada notable: por un lado, se trata de uno de los Estados de Europa más vulnerable a la emergencia climática, con un déficit hídrico creciente y una parte importante del país en peligro de desertificación; por otro lado, España cuenta con condiciones privilegiadas para convertirse en una potencia global verde que lidere un nuevo modelo de seguridad y prosperidad socialmente justo y ecológicamente comprometido.

Con este telón de fondo, SUMAR tiene que hacerse cargo del creciente sentimiento de ecoansiedad de la población española, especialmente de la juventud, convirtiéndose en un sinónimo de seguridad climática. Esto es, en una fuerza política implicada con un marco regulatorio innovador, y con fuertes inversiones públicas, que garanticen una política nacional y europea de lucha contra el cambio climático profunda y revolucionaria. Una política nacional y europea que pase, entre otras cosas, por una nueva dimensión de protección laboral ante las inclemencias meteorológicas, una atención especial a los problemas de salud derivados de la emergencia climática, la evaluación y fiscalización de la capacidad de previsión del mundo de los seguros, un rediseño del urbanismo para minimizar el efecto isla de calor, la correcta climatización de todos nuestros edificios públicos, empezando por los colegios y las residencias de personas mayores, o la mejora de la capacidad del Estado para responder a una catástrofe. Una política nacional y europea que diseñe una economía próspera capaz de ofrecer vidas buenas y deseables al mismo tiempo que respeta los límites de la biosfera.

Con un mismo espíritu protector, SUMAR debe asumir la lucha política por una noción de

transición ecológica justa expandida, que vaya más allá del perímetro de trabajo de las actuales políticas de transición justa (pensadas esencialmente para el carbón) para impulsar procesos de reconversión laboral exitosos en otros sectores estratégicos amenazados (desde la automoción al turismo). Al mismo tiempo, SUMAR debe trabajar por una implantación de renovables que sea territorialmente justa y respete la biodiversidad mediante procesos de comunicación y escucha cooperativa con todos los actores y una compensación adecuada que convierta las instalaciones renovables en fuentes de solidaridad y prosperidad local.

Pero más allá de ser una propuesta ecologista reactiva a la altura de las nuevas amenazas ecológicas, es prioritario que SUMAR se convierta en la fuerza política de las transformaciones ecologistas proactivas. Esto es, que sepa demostrar en hechos que la transición ecológica no es solo un ajuste impuesto, sino también una oportunidad para la expansión de una vida mejor. Estas posibilidades de que la transición ecológica sea una empresa de democratización de una vida buena SUMAR debe articularla en dos planos distintos:

- Actualizar a la nueva coyuntura la propuesta del Green New Deal (modernización ecológica + justicia social). Esto es, desarrollar la nueva compatibilidad entre ecologismo y prosperidad económica en la medida en que la transición ecológica es una tarea con un importante efecto arrastre modernizador en todo el sistema productivo, especialmente idónea para la innovación científica, la política industrial o el empleo verde (que en España se concreta con su potencial para convertirse en un país referente en energías renovables). Por otro lado, entender la transición ecológica como una ocasión para institucionalizar la primacía del bien común en la medida en que este resulta no solo moralmente justo sino técnicamente más eficaz. También como un marco idóneo para dismantelar muchas irracionalidades productivistas y neoliberales (búsqueda del crecimiento infinito, privatizaciones ineficientes, falta de autonomía estratégica y dependencias exteriores peligrosas, incapacidad de anticipación ante problemas, obsolescencia programada, ineficiencias y derroches, toxicidades...) mediante reformas racionalizadoras de orientación ecosocialista, proponiendo un ideal de buena vida más allá del crecimiento económico medido en el PIB y transformando y modernizando nuestro sistema productivo.
- Más allá de una visión proactiva y positiva de la transición ecológica en el plano colectivo, SUMAR debe convertirse en la fuerza política que logre demostrar que la transición ecológica se traduce en vidas cotidianas mucho más deseables, cuyos beneficios hoy están privatizados, y se deben también democratizar. Esto es muy evidente en muchas de las reivindicaciones ecologistas directas que buscan popularizar aquello que hoy se ha convertido en un lujo al alcance de quien se lo pueda pagar: salubridad, alimentación saludable y nutritiva, confort climático, autoproducción de energía, zonas verdes, hábitats bellos, vidas de proximidad, movilidad limpia y accesible, capacidad de disfrute de la naturaleza, bienestar animal... Pero, a la vez, SUMAR tiene que contribuir, con políticas

públicas concretas, ligadas a la seguridad material, la democratización del tiempo y a la dotación de infraestructuras de uso común, que faciliten un nuevo modelo de felicidad más intensa y compatible con cierta sobriedad energética y material. Una de las mayores contribuciones que puede y debe hacer una fuerza ecologista y ecofeminista como SUMAR es sembrar las condiciones para una victoria cultural sobre los mundos de la vida que nos ha impuesto el neoliberalismo, basados en la atomización, el consumo compulsivo y la insatisfacción permanente, que son los impulsores psicológicos y comportamentales de la depredación ecológica.

Democratizar Europa y las relaciones internacionales

Durante demasiado tiempo ha calado en nuestra gente la premisa de que Europa es irreformable. Después del giro neoliberal de los ochenta, las fuerzas progresistas se replegaron en dos sentidos: una parte de la socialdemocracia hizo suyo ese paradigma neoliberal, la lógica de desregulación de los mercados y la desprotección social; otra izquierda concluyó que no había espacio ni posibilidad de cambiar Europa. SUMAR no solo parte de un firme compromiso con la libertad y la democracia, sino también de una constatación realista: si queremos hacer efectiva y real la democracia en España, tenemos que hacer lo mismo a escala europea. Europa es un pacto intergubernamental que debe convertirse en un proyecto democrático, social y federal, y hemos de romper con la falsa alternativa entre democracias nacionales y democracia europea: las primeras han de ser el motor de la segunda. Lo que ya hemos avanzado a través de directivas como las de transparencia retributiva y salarios mínimos, situándose España en un rol de vanguardia a la hora de proponer una Europa más social y democrática, ha de extenderse y convertirse en una transformación estructural.

Hay tres caminos para la Europa del futuro: el primero de ellos, el de la reconfiguración neoliberal, los recortes y la protección para el 1% más privilegiado, para la oligarquía, para los de siempre. El segundo, la protección de una minoría nativista y excluyente, enarbolada por la extrema derecha, que construye una peligrosísima alternativa neo-iliberal que apuesta por la desregulación de la economía y la puesta del Estado al servicio de la represión y el desmantelamiento de los Derechos Humanos. El tercero, el único por el que merece la pena luchar y trabajar la esperanza, es el de la Europa social, que implica consolidar el punto de inflexión que supuso la crisis del coronavirus para apostar por la inversión pública, la planificación económica y ecológica, la protección social y un europeísmo laborista, verde, feminista y transformador.

El 60% del proceso legislativo español son transposiciones de reglamentos y leyes europeas; la Comisión, el Consejo, el Parlamento y el Banco Central Europeo son instituciones esenciales de nuestra gobernanza que determinan en buena medida todas las decisiones

políticas de las administraciones españolas, en una cadena de subsidiaridades y reparto de competencias. En la Unión Europea, nos encontramos en una encrucijada, que se hace explícita en el giro de la política económica europea frente a la crisis de la COVID-19, en la moratoria de las políticas de ajuste neoliberal y la crisis ideológica del neoliberalismo, en la Guerra de Ucrania y la necesidad de una autonomía estratégica europea, en la crisis de las políticas migratorias y agrícolas y el ascenso de la extrema derecha.

En este sentido, las elecciones al Parlamento Europeo de junio de 2024 serán decisivas para escoger entre dos modelos contrapuestos, con la amenaza de que la extrema derecha tenga más presencia que nunca y la derecha tradicional dé un giro en su política de alianzas. Junto con la correlación de fuerzas en el Consejo resultante de las elecciones nacionales en cada Estado miembro, de la mayoría política de la futura eurocámara dependerá la composición de la Comisión Europea y la Presidencia de la Unión. El auge de la ultraderecha y sus alianzas ideológicas o *de facto* con la derecha tradicional han roto el consenso fundacional de la Unión Europea entre demócratas cristianos y socialdemócratas; ese consenso, además, que permitió, entre otras cuestiones, la creación del mercado común y la adopción de la moneda única, dejó hace tiempo de servir para responder a los desafíos sociales, económicos y ecológicos del siglo XXI.

El proyecto transformador de SUMAR se inscribe en un proyecto de democratización profunda de la Unión Europea, capaz de superar el fracaso y los límites del proyecto de Constitución Europea de 2004 y proponer una Europa social y de los pueblos, legitimada en la soberanía popular y sus instituciones parlamentarias y no, fundamentalmente, en la cooperación intergubernamental.

El horizonte de esperanza que proponemos es impensable sin enmarcarlo en la cooperación regional e internacional. Hoy, el multilateralismo que representa Naciones Unidas, fruto en su día de los anhelos de un mundo mejor tras la derrota del fascismo en la Segunda Guerra Mundial, se encuentra en crisis. A la vez, en ningún otro momento de la historia ha sido tan evidente que los problemas que hoy amenazan a la humanidad sólo tienen solución mediante la cooperación internacional y la acción global. La crisis climática, el hambre, la pobreza, las epidemias, la defensa de los derechos humanos, las crisis financieras y de deuda, el comercio, la violencia imperialista y la opresión de los pueblos suponen problemas y encrucijadas existenciales de las cuales depende nuestro futuro y el de nuestro planeta.

Tras el proceso de descolonización de la segunda mitad del siglo XX, las instituciones internacionales multilaterales, coordinadas por Naciones Unidas, se han enfrentado a estos retos civilizatorios definiendo un programa de mínimos: la Agenda 2030 y sus 17 Objetivos de Desarrollo Sostenible. Cuando pareció darse la voluntad política para llevar a cabo este programa, la Gran Recesión de 2008, la crisis del COVID-19 y la crisis inflacionaria de esos últimos años han puesto en cuestión este horizonte, sustituyéndolo por una crisis geopolítica permanente. El círculo vicioso de enfermedad, deuda, golpes militares y guerras de agresión han sumido al Sahel, a África Central y el Cuerno de África, a Gaza y todo Oriente Medio, al Mar del Sur de China y a Ucrania en una escalada masiva de la violencia, cuyas víctimas se

cuentan en centenares de miles, desencadenando una nueva carrera por el despliegue armamentístico convencional y nuclear que amenaza con dividir a la comunidad internacional en bloques y sumirla en una nueva guerra fría, rodeada de conflictos calientes periféricos.

Para SUMAR es imprescindible una política exterior que revierta a través del multilateralismo esta situación internacional, que defienda el cese el fuego inmediato en todos los conflictos, busque soluciones pacíficas negociadas a través del derecho internacional y las Naciones Unidas, acometa la reforma del Consejo de Seguridad para acabar con el derecho de veto, prohíba las armas nucleares, acabe con la crisis de la deuda y reestructure el sistema financiero internacional. En definitiva, una política exterior volcada en la democratización y realización de la libertad a través del multilateralismo, la cooperación y la Agenda 2030, capaz de construir un nuevo internacionalismo para el siglo XXI en cooperación con las fuerzas progresistas, democráticas, ecologistas y de izquierdas de todo el mundo.